



Paula BRUNO, Alexandra PITA y Marina ALVARADO, *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2021, 168 p.

Cecilia Tossounian
Universidad de San Andrés – CONICET
cecitoss@gmail.com

Recepción del original: 13/05/22

Aceptación del original: 20/05/22

El libro *Embajadoras culturales*, escrito por Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado, analiza los itinerarios diplomáticos de nueve mujeres latinoamericanas en un arco de cien años, haciendo foco en su rol de articuladoras de relaciones culturales entre sus países de origen y los territorios en donde estas vivieron. Partiendo de la premisa de la poca visibilidad que tuvieron ciertas mujeres latinoamericanas de este período como actores en las historias oficiales sobre las instituciones estatales, cada autora retoma tres mujeres y explora sus trayectorias, estudiando las oportunidades, pero también los límites que encontraron en los espacios diplomáticos en donde actuaron. De esta manera, Paula Bruno analiza los itinerarios diplomáticos de tres argentinas: Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira César y Ángela Oliveira César; Mariana Alvarado estudia a Carmen Bascuñán Valledor, Emilia Herrera y Martínez y Amanda Labarca, tres chilenas, mientras que Alexandra Pita da cuenta del actuar de Gabriela Mistral, chilena, y de dos mexicanas, Palma Guillén Sánchez y Concha Romero. Al trazar los itinerarios diplomáticos de estas mujeres, el libro abarca un período que va desde 1860, años marcados por la incipiente consolidación de los circuitos y espacios diplomáticos, hasta 1960, cuando estos se encuentran ya plenamente institucionalizados.

El libro comienza con un nutrido estudio preliminar basado en trabajos sobre diplomacia cultural y género, en donde la historiadora Paula Bruno traza el estado de la cuestión sobre el tema y propone algunas claves de lectura para entender el



rol de las mujeres en la diplomacia cultural. A continuación, el libro se divide en tres capítulos, cada uno abocado a tres mujeres. *Embajadoras culturales* empieza con el capítulo de Paula Bruno, en donde se analiza, en forma cronológica, la experiencia de tres mujeres, iniciando con el caso de Eduarda Mansilla y luego continuando con el de Guillermina Oliveira Cézar. Hacia fines del siglo XIX, ambas fueron esposas de figuras prominentes de la diplomacia argentina y ejercieron la función de consortes de forma exitosa, organizando reuniones y entablando relaciones sociales que permitieron una articulación armónica entre personajes de diferentes latitudes geográficas y culturales. Algo diferente fue el itinerario de Ángela Oliveira Cézar, hermana de Guillermina, quien, de matrona de la sociedad argentina, devino en poco tiempo en una embajadora de la paz, actuando con cierta autonomía en relación con su esposo, ya que este no pertenecía al servicio exterior de la república. Su trayectoria pública puede ser considerada como una forma de diplomacia ciudadana, como propone Paula Bruno, dado que su accionar a favor de la paz provino y se enmarcó en el asociacionismo de la sociedad civil. Sin embargo, a través de este generó un impacto en las relaciones diplomáticas entre países y en especial entre Argentina y Chile al propiciar el emplazamiento del famoso Cristo Redentor de los Andes.

Siguiendo el formato cronológico del primer capítulo, el segundo, escrito por Marina Alvarado, retoma a otras tres figuras femeninas, comenzando con Carmen Bascañán Valledor, ella también esposa de un diplomático que, a fines del siglo XIX, recreó en forma exitosa vínculos personales con miembros de misiones internacionales. Emilia Herrera y Martínez, la siguiente figura analizada por Alvarado, fue, en cambio, una matrona chilena que, aunque no salió del país, tuvo una injerencia directa en los problemas de Chile durante los primeros años del siglo XX, en especial en lograr acuerdos en el marco del enfrentamiento entre Argentina y Chile. Por último, la autora estudia el accionar de Amanda Labarca, mujer perteneciente a una incipiente clase media, feminista y profesora, durante su misión a Colombia y su trabajo en la Organización de Naciones Unidas, mostrando cómo consolidó la diplomacia cultural chilena y estableció una red de cooperación intelectual, especialmente entre mujeres.

El último capítulo del libro, en vez de realizar un estudio cronológico de tres figuras femeninas, se focaliza en los itinerarios compartidos por tres personajes, quienes, además, a diferencia de las otras protagonistas del libro, se dedicaron a llevar adelante un proyecto cultural oficial durante el siglo XX. Como señala Alexandra Pita, este fue un momento propicio para la profesionalización de las relaciones culturales dada la ampliación de oportunidades laborales para las mujeres que trajo la proliferación de organismos internacionales. En este sentido, Pita retoma a Concha Romero, mostrando cómo cumplió un rol de mediadora de actividades culturales e intelectuales entre Estados Unidos y América Latina, amén de promocionar las actividades de los movimientos de mujeres de ambas regiones. A partir de 1935, obtuvo el cargo de jefa de la División de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, cargo que le permitió intermediar entre los países americanos y europeos y además trabajar con Mistral en un tramo de su carrera. Pita procede luego a examinar el accionar conjunto de Gabriela Mistral y su amiga

Palma Guillén Sánchez en sus varios desplazamientos entre América Latina, Estados Unidos y Europa entre 1920 y 1960, focalizándose en la autonomía que lograron estas mujeres y en las actividades culturales que ambas realizaron, pero dando cuenta también de las dificultades que tuvieron en obtener y luego mantener sus puestos diplomáticos.

Hay varios temas que atraviesan este libro. En primer lugar, la mayoría de los capítulos parece hacer foco en las formas en que las protagonistas fueron transformando y adaptando sus saberes y aptitudes a las circunstancias cambiantes de sus vidas, para poder así obtener el máximo que la situación les permitía. No es casualidad que la mayoría de los títulos de las secciones muestren a estas mujeres en un devenir entre una fase y otra de su labor, como muestra el título “Amanda Labarca. De profesora universitaria a embajadora educativa y funcionaria”, para dar solo un ejemplo. Esto se condice con el interés historiográfico por la agencia femenina que el libro esgrime, tema que es retomado en la introducción del libro, en donde Paula Bruno justamente resalta la tendencia que existe en los trabajos sobre nueva diplomacia en focalizar en las mujeres como sujetos activos en su campo. Un segundo tema, relacionado al anterior, es el interés por estudiar la experiencia de vida de estas mujeres y por hacerlo de una forma dinámica, sin dividir tajantemente la vida privada de aquella pública. Este interés por la experiencia está ligado a la centralidad que adquiere la reflexión sobre las fuentes que realiza el libro. La problematicidad de las fuentes oficiales es puesta en evidencia, mostrando cómo estas casi no mencionan la labor de estas mujeres salvo en el caso de que hayan sido formalmente contratadas como cuerpo diplomático. Esto es compensado en cada capítulo por una intensa búsqueda de fuentes alternativas provenientes de la prensa y de las memorias, entrevistas o reconstrucciones de vida hecha por los descendientes de estas mujeres. El interés en la experiencia vivida, y en particular en cómo estas mujeres experimentaron un tipo de vida que fue excepcional para su época, constituye una de las mayores novedades propuestas por este libro. Es de señalar, sin embargo, que *Embajadoras culturales* tiende a concentrarse en el accionar público de estas mujeres, mientras que la parte cotidiana de esta experiencia queda en un segundo lugar. Las emociones que pueden haber suscitado la vida diaria -la soledad que pueden haber provocado los viajes o las presiones y el tedio que pueden haber originado tantas obligaciones sociales- sólo tíbiamente logran ser reconstruidos, y no por una cuestión de falta de interés sino por lo árido de las fuentes disponibles, sobre todo en el caso de las mujeres que no han dejado sus memorias como legado. Dicho esto, las autoras logran demostrar sin dejo de duda que la presunta poca visibilidad de las mujeres latinoamericanas en la diplomacia cultural es sobre todo una cuestión de agendas historiográficas, pues al hurgar con nuevas preguntas en más variadas fuentes logran mostrar que se puede restituir la voz a nueve mujeres y exponer cómo estas tuvieron injerencia en las relaciones diplomáticas de sus respectivos países.